



RECENSIONES

Biblioteca Universitaria, CRAI y alfabetización informacional. Gijón, Trea, 2008. 245 páginas.

María Pinto; Dora Sales; Pilar Osório.

En la actualidad nadie duda de que la información, definida como todo conocimiento registrado en forma comunicable, es uno de los principales requisitos para el desarrollo. No en vano una expresión como “Sociedad de la Información” se ha generalizado hasta el extremo de popularizarse y formar parte del acervo cultural colectivo. Las concepciones acerca de la misma se pueden rastrear a través de una multitud de trabajos que constituyen la arqueología de una expresión y de una progresión conceptual y metodológica de cuyo crecimiento exponencial da fe cualquier base de datos que se consulte hoy. Lo sustancial del fenómeno es que apunta a las revoluciones tecnológicas como responsables de una intensa reorganización de la sociedad.

Un hecho evidente es que, desde el momento en que los artefactos tecnológicos median en las relaciones humanas (regulando el acceso a la información, a las fuentes de conocimiento, al entretenimiento o a la comunicación interpersonal), las determinan en su configuración cultural, política y económica. Por esta razón la información tecnologizada adquiere en muchos casos la condición de una auténtica tecnología de intervención social, de imposición de un orden e identidades complementarias. Las nuevas tecnologías responden a unos principios de definición de ideas a unas representaciones simbólicas de fuerte ascendente social. De lo que no cabe ninguna duda es que el desarrollo de cualquier tecnología transforma el propio hábitat, las relaciones entre los seres humanos, su forma de relacionarse, su entorno.

Además, el ritmo de producción de conocimientos se ha acelerado exponencialmente. Como sabemos desde hace tiempo, puede decirse que más del 90% de todos los científicos que han existido en la historia de la humanidad están vivos y trabajando en la actualidad. Los conocimientos y las publicaciones científicas se multiplican según una lógica exponencial. Hasta no hace mucho se investigaba de forma artesanal; hoy se investiga industrialmente; la más importante industria en Estados Unidos y Japón y Europa es la de los conocimientos, la del I+D.

Pero además el tiempo necesario para transformar un conocimiento básico en ciencia aplicada, y ésta en tecnología se reduce cada vez más, de modo que la incidencia de la ciencia es cada vez más inmediata. Por lo tanto el acelerado proceso de desarrollo de los conocimientos y su rápida aplicación a los más variados aspectos de la vida cotidiana convierten a éstos en un gigantesco motor de cambio social, en una máquina de producir innovaciones y consecuencias, queridas unas, indeseables otras.

Lo valioso es saber cómo utilizar ese ingente volumen de información disponible a un costo progresivamente menor. La información cada vez vale menos; lo que cada vez vale más, no sólo en cuanto valor de cambio, sino como valor de uso directo, es la inteligencia, el conocimiento, el saber que hacer con la gigantesca capacidad de información de que disponemos en un instante, como convertirla en accesible y utilizable por la sociedad en su conjunto, como salvar la denominada “brecha digital” que la aparición de las nuevas tecnologías de la información han introducido, como una cuña insalvable en algunos casos, entre la población en general y la producción gestión de información.

Con este fin, y a este propósito se dedica el libro de Pinto, Sales y Osorio que comentamos. La transformación de la información en conocimiento, la producción de lo que la UNESCO, en una afortunada expresión hoy caída en desuso, denominó como “información consolidada”, es una de las condiciones básicas que han de alentar la intervención social y ciudadana, en la medida en que únicamente la sociedad debidamente informada, con capacidad crítica y analítica respecto a los procesos que le afectan, puede responder a los retos que las nuevas tecnologías y las nuevas forma de organización política, económica y cultural están estatuyendo.

El libro se centra en un aspecto nuclear de las actuales sociedades de la información y el conocimiento: el de la Alfabetización Informacional. Pinto y Sales son acreditadas especialistas en el tema al que han dedicado varios artículos que analizan en profundidad el fenómeno y sus desarrollos en diferentes contextos. En esta ocasión, junto a Osorio, centran el problema en el análisis de las transformaciones necesarias que han de operarse en el ámbito universitario, en general, y en las unidades documentales, en particular, para dar respuesta a las exigencias planteadas por el desarrollo del Espacio Europeo de Educación Superior.

Las autoras parten de la constatación de que el acervo de conocimientos necesarios, no ya para saber, sino simplemente para poder funcionar con eficacia social se ha elevado considerablemente. No basta conocer la lengua y la cultura; es preciso adquirir un alto caudal de información y conocimiento acerca de los sistemas sociales o técnicos, lo que se hace a través de un arduo y prolongado proceso de educación formalizada, primero, y mediante su constante actualización y reciclaje después. La enseñanza se ha transformado en un aprendizaje acelerado acerca de la realidad del mundo, revisable constantemente en sus contenidos. E incluso esto es insuficiente. Pues el aprendizaje o training adquirido en esa primera socialización es pronto devorado por la acelerada obsolescencia de los conocimientos y la paralela inutilidad de profesiones y profesionales, obligados así a reciclarse. La Unión Europea ha advertido en diversos informes de que en el futuro, la autonomía y la capacidad de innovación, la aptitud para trabajar en equipo o formando parte de redes, la inquietud por la calidad, la aptitud de diagnóstico y de toma de decisiones, al igual que la capacidad de aprender y de aprender a transmitir serán tan importantes como las competencias o habilidades tecnológicas o la cultura general.

Como señalan Pinto, Sales y Osorio las sociedades occidentales se encaminan hacia una sociedad del conocimiento en la que el mayor valor de un país radicará no en su riqueza o en su industria sino en su nivel de conocimiento, concebido como el conjunto de valores individuales de sus ciudadanos. Y en este contexto la alfabetización informacional desempeña un papel esencial para la educación en el sentido integral del individuo. Es preciso dotar a los individuos de un conjunto de habilidades que les permitan analizar, filtrar y consumir críticamente la información que les afecte, al tiempo que los dote de la competencia necesaria para operar de manera autónoma en un contexto formativo cambiante. Porque lo fundamental, como subrayan las autoras, es la educación en competencias entendidas como “la capacidad para hacer frente a demandas complejas, poniendo en funcionamiento los recursos psicosociales (...) en un contexto determinado”. Y en este nuevo contexto tecnológico, dominado por los desarrollos de Internet, la aparición de la web 2.0, y la web semántica, la biblioteca universitaria ha de ocupar un lugar prioritario en esta educación en competencias, y particularmente en las relacionadas con el manejo de las Tecnologías de la Información y el Conocimiento y las propias de la gestión de la información.

Pero para que esto pueda llevarse a efecto, para que las Bibliotecas Universitarias puedan acometer estas funciones, han de irse transformado progresivamente en auténticos Centros de Recursos para la Investigación y el Aprendizaje (CRAI). Y esto pasa, como ponen de manifiesto Pinto, Sales y Osorio por la creación de una estructura integrada de servicios de información para los usuarios, por la definición de una estrategia documental integrada que haga converger todas las fuentes e instancias de información presentes en la institución universitaria. Las autoras plantean una idea novedosa y, en cierto modo, sugerente: la razón de ser de las bibliotecas universitarias, de los CRAI pasa necesariamente por la convergencia e integración de todo el sistema de información universitario, de tal modo que carecen de sentido los compartimentos estancos en los que habitualmente se estructura, habiendo de encaminarse hacia un modelo dinámico, en el centro del cual ha de estar la biblioteca que ha de asumir un conjunto de funciones que favorezcan la socialización del conocimiento y la formación a lo largo de la vida.

Para que estas nuevas funciones puedan desarrollarse, para que los CRAI puedan desempeñar este importante papel, los usuarios han de estar adaptados al nuevo contexto formativo y de aprendizaje y para ello es imprescindible el desarrollo de competencias en Alfabetización Informacional. Las autoras ponen el acento en la Alfabetización Informacional como competencia transversal en la sociedad del conocimiento, porque solo una persona adecuadamente alfabetizada en información estará en condiciones de responder a las demandas formativas que los nuevos contextos socioprofesionales exigen. Además las autoras insisten en un concepto fundamental cuando hablamos de ALFIN, es el concepto de Alfabetización Múltiple, mediante el cual aluden a todas las facetas políticas, culturales, éticas, académicas y sociales que

están implicadas en el desarrollo de aquél, porque la alfabetización no radica solo en la adquisición de competencias informativas sino que también es el desarrollo de una conciencia crítica y sobre social sobre uso y transferencia de ésta.

Pero el conjunto de formulaciones teóricas y prospectivas que las autoras hacen, con ser interesante, quedaría incompleto si no se concretasen en un plan de acción que permitiera conocer cómo se han de plasmar éstas en la realidad. Y a este fin están dedicadas las partes finales del libro que constituyen un auténtico cuaderno de bitácora a partir del cual se pueden conceptualizar las acciones a desarrollar por el CRAI. El elenco de herramientas funcionales y documentales que las autoras señalan como propias del CRAI, en el contexto de la Alfabetización Informativa (elaboración de dossieres electrónicos, guías temáticas, tutoriales, plataformas de aprendizaje y campus virtual, creación de repositorios y portales de contenido, de tesis doctorales, formación en técnicas de investigación y búsqueda avanzada de información, etc.), además de sugerentes e innovadoras plantean la cuestión del reto formativo que esto representa para los profesionales responsables de su desarrollo. Estamos ante una concepción de la información y la documentación que obliga a un cambio de enfoque y al desarrollo de estrategias permanentes de actualización profesional.

Como destacan las autoras en el capítulo final, la alfabetización informativa hay que contemplarla en el marco del aprendizaje permanente, de la necesidad de aprender a aprender que si sitúa en el centro del debate pedagógico y cultural de este comienzo de siglo y que ha de articular las propuestas formativas para las próximas décadas. Y la biblioteca, el CRAI ha de ocupar un lugar central en el desarrollo de las respuestas que se arbitren para alcanzar este objetivo.

Estamos pues ante una obra singular, innovadora y oportuna, sistemática en los planteamientos y rigurosa en los análisis, de obligada consulta para todos aquellos implicados en el desarrollo de las políticas institucionales y los planes estratégicos que se han de definir en el contexto del Espacio Europeo de Educación Superior, así como para todos aquellos que estén sensibilizados por las líneas de desarrollo profesional que nos depara el futuro.

José Antonio Cordón García
Universidad de Salamanca
Facultad de Traducción y Documentación.